NúmEros al rescate

- Si le damos peso al trabajo extradoméstico y al doméstico, las horas semanales trabajadas por los hombres y las mujeres son diferentes: en promedio las mujeres trabajan 8.5 horas más que los hombres.[1]
- De la población ocupada que no recibe ingreso, 40% son mujeres.[1]
- De la población desocupada femenina por numero de hijos vemos que: sin hijos son un 54.4%, de 1 a 2 hijos el 30.9%; de 3 a 5 hijos el 12.7% y de 6 hijos o más el 2%.[1]
- De la población económicamente activa femenina por número de hijos, vemos que: sin hijos son un 37%; de 1 a 2 hijos son un 27.2%; de 3 a 5 hijos son un 24.6% y de 6 hijos o más son un 12%.[1]
- De la población económicamente activa, vemos que por estado civil: hay 38.7 de solteras; 26.3 de casadas y 68.2 de separadas o divorciadas o viudas.[1]
- Mujeres que dejaron de trabajar en 1999 por cuidar a sus hijos son un 21%. Mujeres que dejaron de trabajar por que se casaron son el 36%.[1]
- Entre 1985 y 1999, la cifra de niñas que fueron madres antes de los 15 años en el estado de Oaxaca no se redujo sino se incrementó al pasar de 308 a 534, respectivamente.[2]
- Según el INEGI, las oaxaqueñas tienen hijos desde antes de los 15 años y muchas veces hasta después de los 50 años.[2]
- En 1990, la tasa de mortalidad materna en Oaxaca era más del doble de la tasa media nacional; para el año 2000 siguió superando la media nacional en un 36.7 por ciento.[2]
- Hacia 1970, la tasa de fecundidad era de casi seis hijos por mujer. Para el año 2000 disminuyó a 2.3 hijos y se prevé que continuará descendiendo pues las expectativas de las mujeres son de dos hijos o hijas solamente.[3]



Lecturas

La civiltà della conversazione

Benedetta Craveri
Milán: Adelphi, 2001, 651 pp.

Lia Cigarini*

Montaigne (1533-1592), cuenta Craveri, recomendaba a los hombres de su tiempo que enseñasen a las mujeres "a hacerse valer y a amarse" con el fin de que tanto los hombres como las mujeres pudieran vivir mejor.

En realidad, subraya Craveri, las Preciosas (un movimiento o corporación de aristócratas e intelectuales francesas que recorre enteros los siglos XVII y XVIII) se habían atribuido por su cuenta un "alto precio" a pesar de que el contexto jurídico les desfavorecía. Hasta conquistar una autoridad tal que las hizo protagonistas indiscutidas de los cambios culturales que se dieron en la Francia de esos siglos.

He amado y estudiado siempre el movimiento de las Preciosas, sacando de él ideas y sugerencias para orientarme en la vida y en la política de las mujeres. Eran para mí las mujeres más conscientes que había leído jamás, y, en una especie de procesión imaginaria, las veía desfilar de dos en dos ligadas por una amistad apasionada. Madame de Sévigné y Madame de La Fayette, Madame de Maintenon y Ninon de Lenclos, Madame de Sablé y Mademoiselle d'Attichy, Mademoiselle de Scudéry y Madame de Rambouillet, y, detrás de ellas, sus queridísimas hijas. De manera que cuando me asomé al mundo, equipada con voluntad y determinación, pero sola y muda en el malestar de la emancipación, tenía dentro de mí dos bienes preciosos: una genealogía femenina muy precisa y la predisposición a la relación de confianza con una mujer más grande que yo.

Sé de otras que lo hicieron. Recuerdo a Carla Lonzi, que señalaba a las místicas y a las preciosas como referentes para ella indispensables.

Sin embargo, no había conseguido nunca explicarme hasta el fondo cómo algunas mujeres, aristócratas sí, pero totalmente sujetas a la autoridad del padre y del marido y sin estudios regulares, habían estado en grado de realizar sus deseos y proyectos hasta lograr dictar las reglas del juego cultural y mundano durante casi dos siglos.

Ahora me parece que lo he entendido. Y su historia vuelve a empezar a tener para mí una resonancia verdaderamente impresionante.

Benedetta Craveri cuenta que, a lo largo de todo el siglo XVII, una enorme producción literaria sobre todo masculina destacaba la paridad de los dos sexos, hasta llegar con Poullain de la Barre (1673) a reconocerles a las mujeres las capacidades intelectuales de los hombres. Sin embargo, observa Craveri, "a partir de la aparición de las Preciosas, se fue abriendo cada vez más camino en el sexo gentil

la convicción de que el valor de la mujer residía en su diferencia y no en su igualdad con respecto a hombre".

En sustancia, las Preciosas harían un desplazamiento con respecto a la secular Querella de las Mujeres, la cual tenía por objeto la superioridad o inferioridad de un sexo con respecto al otro o la igualdad entre los dos.

Este desplazamiento de sentido fue, a mi parecer, un acto genial: las Preciosas pudieron así jugar sin rémoras todo su saber de las relaciones, de la lengua, de las buenas maneras, del amor, del esprit, en los años en que la aristocracia francesa quería "civilizar" sus costumbres y quitarles a los italianos la primacía cultural.

O sea que las Preciosas se movieron a sabiendas como la vanguardia cultural y mundana de esa aspiración.

Por eso no se empantanaron en la reivindicación de igualdad con los hombres. Ni tampoco dieron voz (o quizá en ese momento de cambio favorable a ellas no lo sentían en absoluto) al resentimiento, que es el sentir más frecuente de muchísimas mujeres: hacia los hombres, hacia la madre y, al final, hacia las propias mujeres.

Pienso, además, que el valorar la diferencia y practicarla en el mundo, diría, en estado puro (la idea nacida de la Revolución burguesa de la emancipación de las mujeres y de su derecho de ser consideradas iguales que los hombres no se había perfilado todavía en el horizonte) sustrajo a las Preciosas de la competición con los hombres en su terreno (guerra, poder estatal, profesiones, etcétera). La competición con los hombres derivada de la emancipación ha malogrado y sigue malogrando, en mi opinión, a generaciones enteras de mujeres. No sólo por el cansancio físico y mental del hacer frente al mismo tiempo al trabajo y a los hijos, muchas veces denunciado pero sustancialmente insoluble sin un cambio radical del modo de vivir y de trabajar y de lo simbólico. Sino también por una razón más central, más íntima y profunda: obstruye el paso al obrar de la diferencia sexual, que es esencialmente relación con lo otro. Es decir, la competición no abre ningún conflicto real entre diferencia femenina y diferencia masculina sino una carrera agresiva entre mujeres y hombres y, al final, también entre mujeres, por todo lo que hay disponible en el mundo tal y como existe.

La competición, por tanto, impide el reconocimiento de autoridad femenina por parte del mundo masculino.

Ciertamente, en la competición/emancipación no hay nada "precioso" que ofrecer a la sociedad; al contrario: se tiende a ocultar el modo de sentir y pensar de las mujeres, haciendo de ello algo arcaico en vías de desaparición.

En cambio, las Preciosas, nos cuenta Craveri, pusieron en juego el más relacional de las mujeres. Con la fuerza de las palabras diseñaron —aunque Madame de Rambouillet fue también la auténtica arquitecta de su palacio y de la habitación en la que recibía— un espacio físico y simbólico en el que se encontraban mujeres y hombres fuera de cualquier posibilidad de identificación entre sí, en relaciones marcadas por una alteridad reconocida y aceptada. El resultado es que la historia de la civilización francesa en el momento de su máximo fulgor es una historia sobre todo de mujeres. Caso único en Europa y en el mundo.

Como es sabido, el mundo masculino se dividió en dos ante el movimiento de las Preciosas: una parte las atacó ferozmente e intentó ridiculizarlas de todas las maneras posibles, aunque un misógino como La Bruyère les rinda, no obstante, el honor de las armas: ellas, escribió, demostraron que poseían más que nadie el talento de la conversación y el secreto de la escritura epistolar; otra parte, sin embargo, les reconoció sus méritos, sus talentos y su función hegemónica en la cultura y en la sociedad.

En pocas palabras, les reconoció autoridad. La Rochefoucauld, por ejemplo, decía "el jansenismo es mujer", o sea que atribuía a las Preciosas también la fortuna de esa experiencia espiritual y filosófica, además de tener como interlocutoras privilegiadas a Madame de La Fayette y Madame de Sévigné. Los propios racionalistas, por ejemplo Voltaire, Diderot y D'Alambert, mantuvieron intensas relaciones de amistad e intercambio filosófico, literario y político con algunas preciosas del siglo XVIII.

De todos modos, la señal imborrable de su acción está contenida en su escritura, en su mayoría cartas y novelas; pienso que están entre las obras más legibles y perdurables de esos siglos.

- 30.4 por ciento de la población masculina de 12 años y más desempeña el papel de proveedor, y el 47.8 por ciento de las mujeres realiza trabajo doméstico en su hogar no remunerado.[3]
- Las mujeres continúan al frente de las labores domésticas pues casi todas las casadas o en unión libre participan en ellas, mientras que la participación de los hombres en las mismas tareas es de 57 %.[3]
- Datos epidemiológicos recientes de la Ciudad de México, muestran una prevalencia de depresión —cuyo precursor puede ser el estrés—, durante la vida, de 10 por ciento en las mujeres y de 5.2 por ciento en los varones.[4]
- Respecto al uso de sustancias, la Encuesta Nacional de Adicciones informa que 19.5 por ciento de los varones y 1.2 por ciento de las mujeres fueron clasificados como bebedores excesivos, lo que también podría ser consecuencia del estrés.[4]
- En el contexto de la "doble jornada" que las mujeres se ven obligadas a realizar, el Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, (INEGI) señala que las mujeres dedican al trabajo remunerado de 35 a 45 horas a la semana, mientras que 49, al trabajo doméstico.[4]

Sara Lourdes Cruz

Notas

[1] Fuente: INEGI, México, 2001.
[2] Fuente: Agencia CIMAC 11 de febrero de 2003.
[3] Fuente: Agencia CIMAC 7 de marzo de 2003.
[4] Fuente: Agencia CIMAC 25 de febrero de 2003.